

# Campaña Libertadora de la Nueva Granada de 1819

## Inicio de la campaña y organización de los ejércitos

*Mayor General de la Reserva Activa José Roberto Ibáñez Sánchez  
Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia*



Mayor General de la  
Reserva Activa

José Roberto Ibáñez  
Sánchez

*Oficial de la Reserva Activa del Ejército Nacional. Ha desempeñado cargos importantes como: Secretario General del Ministerio de Defensa Nacional, Jefe de la Delegación Militar de Colombia en los Estados Unidos, Director de la Biblioteca Central de las Fuerzas Militares "Tomas Rueda Vargas" y Delegado ante la Junta Interamericana de Defensa. Actualmente es miembro del Consejo Editorial de la Revista Fuerzas Armadas.*

## Inicio de la campaña y organización de los ejércitos

Bolívar emprendió la marcha el 27 de mayo desde Mantecal, en el Apure, y el 3 de junio llegó a Guasdualito. Las lluvias habían arreciado; pequeños cursos de agua se convertían en anchurosos ríos que inundaban la sabana y las corrientes que bajaban de la Cordillera Oriental arrastraban arreos de campaña y ahogaban ganados y mulas, y las tropas tuvieron que hacer grandes esfuerzos para no perderlos. Las tropas tuvieron que construir botes de cuero para evitar la humedad de las armas y parque, mientras los hombres caminaban durante varias horas con el agua hasta la cintura. Sin embargo, los percances, por graves que fuesen, no detuvieron ni desmoralizaron al ejército libertador. La suerte de la campaña estaba en curso, y ninguna circunstancia humana o material podía detenerla.

El 6 de junio, los patriotas cruzaron el río Arauca y prosiguieron la marcha hacia Tame, en busca de la división del general Santander. Allí llegó Bolívar el 12 de junio, e hizo contacto con el general Santander, quien le detalló la situación de su división y la del enemigo en el interior de la Nueva Granada. Allí se dispuso breve descanso, para que la tropa pudiera reiniciar la marcha por el difícil terreno del piedemonte y de la Cordillera de los Andes, y se revisó la organización del ejército, de la siguiente forma:

El Estado Mayor General, a órdenes del general Carlos Soubllette, organizado de acuerdo con el Manual de Ayudantes General del ejército napoleónico. Dos divisiones: la primera, a órdenes del general Santander, con su jefe de Estado Mayor, el coronel Pedro Fortoul, y la caballería, reducida, por las deserciones, a 100 jinetes al mando del teniente coronel Antonio María Durán. El capitán José María Cancino, como jefe de la artillería. La División de Retaguardia, bajo el mando del general José Antonio Anzoátegui, tenía como jefe de Estado Mayor al joven teniente coronel José María Córdova, y estaba compuesta por dos brigadas: la primera, al mando del coronel Francisco de Paula Alcántara, con el Batallón Rifles al mando del coronel británico Arthur Sanders, y el Barcelona, del coronel Ambrosio Plaza; el regimiento de Guías del Apure, del teniente coronel

Hermenegildo Mujica, y la compañía de Dragones, del sargento mayor Juan Mellao. La segunda Brigada, bajo el mando del coronel inglés James Rooke, e integrada por los batallones Bravos de Páez, del coronel Cruz Carrillo; la Legión Británica, del sargento mayor John Mackintosh, y dos escuadrones de caballería bajo las órdenes de los coroneles Juan José Rondón y Leonardo Infante. En total, el Ejército Libertador contaba con 3000 hombres, organizados y disciplinados conforme al modelo francés imperante y el sistema inglés que traía la Legión Británica.

La participación de este último cuerpo había sido gestionada en Inglaterra por Luís López Méndez y Francisco Antonio Zea, delegados por el Libertador para tal efecto. Allí se organizó militarmente a la legión desde los puertos con destino a la Isla de Trinidad y otras posesiones británicas en el Caribe. Pero de los miles de hombres que salieron de la Gran Bretaña para contribuir con la independencia de Hispanoamérica, a esta campaña solo concurren dos centenares de hombres, que fueron importantes para la organización, el valor y la disciplina del ejército; en especial, en cuanto a liderazgo, ejemplo, conducción táctica y otros a factores militares y espirituales, como el del estoico y sacrificado coronel Jaime Rooke y otros comandantes destinados a las distintas organizaciones patriotas.

Los ejércitos realista y patriota estaban armados con fusiles de chispa, cuyo alcance efectivo era

**Suele afirmarse que la Tercera División realista estaba bien dotada en cuanto a personal, armamento y caballerías, pero la verdad es que tenía problemas de disciplina en sus cuadros, y de dotaciones en las tropas y los mandos.**

de menos de 100 metros, con bayonetas de corte triangular y de medio metro de longitud. Cada hombre portaba piedras de chispa de repuesto y 40 cartuchos, cuyo peso era de 40 onzas. Los jinetes llaneros poseían una lanza larga, que manejaban con máxima destreza y efectividad.

Suele afirmarse que la Tercera División realista estaba bien dotada en cuanto a personal, armamento, y caballerías, pero la verdad es que tenía problemas de disciplina en sus cuadros, y de dotaciones en las tropas y los mandos. El más notorio ocurrió cuando Sámano, en Santa Fe, quiso relevar a Barreiro en Tunja por el Coronel Calzada, orden desacatada por el primero, alegando haber sido nombrado por Morillo, y un incidente que dejó secuelas de deslealtad y desconfianza, acrecentadas especialmente entre los americanos que servían obligados en las filas españolas.

Para julio, las unidades realistas en el interior de la Nueva Granada estaban organizadas con su cuartel general en Tunja; el Batallón Tercero de Numancia, bajo el mando del coronel Juan Loño, en Tunja, con 700 hombres del coronel Juan Loño; el Batallón Primero del Rey, del coronel Nicolás López, con 300 hombres en Duitama y otras 3 compañías con 300 hombres vigilando el Valle de Tenza; el Segundo Batallón de Numancia, con 300 hombres bajo el mando del coronel Juan Tolrá, sobre el eje Labranzagrande-

Sogamoso, con 300 hombres, y el de La Salina-Chita-Soatá, con 400; el Batallón Tambo, con 800 hombres a las órdenes del coronel Francisco Jiménez, y comprometido en la persecución de las guerrillas del Socorro; y el escuadrón de caballería de Dragones de Granada, con 700 hombres en Zipaquirá. La artillería, de 3 piezas y 120 hombres, la mantuvo Barreiro, bajo sus órdenes, en Tunja. Completaba tal dispositivo el Batallón Primero de Aragón, con 400 hombres del coronel Antonio Plá cubriendo la ruta del Guavio, que amenazaba directamente la capital del virreinato.

El plan de maniobra del Ejército Libertador desde Tame brindaba, de norte a sur, tales rutas con diversas dificultades: la de La Salina-Chita-Soatá, geográficamente hablando, era la más viable y lógica, por sus condiciones tolerables de clima, transpirabilidad y densidad de población, pero era la más retirada de la capital y la mejor vigilada. La segunda ruta era el camino de Paya y Pisba, que desemboca en Socha; tenía las mayores dificultades topográficas, por su escabroso camino y su clima helado e inhóspito, dado por la altura del páramo, pero era la menos defendida, por 120 hombres en Paya. La tercera vía, de Labranzagrande a Sogamoso, era la que Barreiro consideraba de mayor riesgo, y por eso había previsto su refuerzo desde Sogamoso. La Cuarta ruta era la del Valle de Tenza, que daba acceso a Tunja o a Santa Fe, y vigilada, como ya se dijo, por el Batallón Aragón. Como el éxito dependía de obtener la sorpresa, Bolívar resolvió escoger la segunda ruta, y por ella se encaminó el ejército desde Tame el 18 de agosto, escalonadas sus unidades.

Luego de varios días de camino, la vanguardia llegó a Pore, capital de la provincia, en medio de torrenciales aguaceros que dificultaban el paso y hacían peligroso el cruce de ríos, por la rapidez de la corriente y las piedras sueltas que rodaban hacia los vados. El 23 de junio, la vanguardia atravesó el río Pauto, donde perdió varias cabalgaduras y gran parte del parque. En la noche llegó a la meseta del Tablón, donde el frío de la madrugada comenzó a sentirse sobre los cansados cuerpos. El 27, el Batallón Cazadores avanzó sobre la sabana de Chitacoba, o páramo de Los Llaneros, observado desde Paya por el jefe realista, sargento mayor Juan de Figueroa y La-

**Los españoles resistieron poco tiempo en el trincherón y en la población, pero, preocupados de garantizar su retirada, se replegaron por el puente sobre el río Payero, junto con varias familias del poblado, después de causar algunas bajas sensibles a los patriotas.**



drón, quien había recibido la misión de retardar el avance patriota e informar si era rebasado.

El caserío de Paya está ubicado en una meseta inclinada, la cual forma uno de los brazos montañosos que descienden de la cordillera; a poca distancia del poblado, sobre un cañón más o menos profundo, corre el río Payero, que por la época solo daba paso por un puente construido sobre el camino a Labranzagrande. Al noroeste del rancherío, sobre un alto, había una fortificación en forma de estrella, construida por los indios desde la Colonia, y la cual se prestaba para organizar una fuerte posición defensiva con pocos hombres y tenía una vía subterránea que comunicaba con el parque y una puerta que daba acceso al camino a Pisba.

El jefe realista dispuso la defensa del volador con una tercera parte de sus hombres, dejó otra en el poblado y él se ubicó con la restante sobre el puente del río Payero, para garantizar su replie-

gue hacia Labranzagrande, donde se encontraba el destacamento principal del ejército realista. Una decisión táctica acorde con el terreno y la situación, pero que no garantizaba la observación sobre el movimiento de todo el ejército patriota.

El general Santander, con el fin de ocupar la posición enemiga, dispuso el ataque con el Batallón Cazadores en dos direcciones: la primera, con el coronel Arredondo, por el flanco norte, eludiendo la montaña que bordeaba el trinchero, y cuyo avance estaba protegido de la observación enemiga por densos bosques; la otra, comandada por el segundo jefe del Cazadores, sargento mayor Joaquín París, y jinetes del Guías a órdenes del capitán Juan José Reyes Patria, simulando el ataque principal, avanzó directamente al poblado.

Los españoles resistieron poco tiempo en el trinchero y en la población, pero, preocupados de garantizar su retirada, se replegaron por el puen-

te sobre el río Payero, junto con varias familias del poblado, después de causar algunas bajas sensibles a los patriotas. Pero logró la vanguardia de estos últimos conquistar sin mayores problemas el objetivo principal, de tal suerte que las consecuencias de este primer combate fueron positivas para el ejército patriota, al despejar la ruta hacia el páramo de Pisba, que acrecentó su moral, resentida por los obstáculos hallados en el camino. Para completar esta victoria, el jefe realista informó a Barreiro no de la presencia de todo el ejército, porque no alcanzó a observarlo, sino solo de un cuerpo patriota. Y Barreiro, preocupado por reestablecer su salud, permaneció en Tunja, sin salir oportunamente a contener a Bolívar.

De tal forma, el Ejército Libertador pudo pasar el páramo sin más enemigo que la naturaleza, y acceder sorpresivamente al corazón del virreinato, a pesar del paso del páramo de Pisba, que se erige como el lomo de la Cordillera Oriental, con una altura aproximada a los 4000 metros sobre el nivel del mar, y donde solo frailejones adornan al yermo paraje, con heladas y ventiscas que queman la piel y obligan a ejercitar constantemente el cuerpo, so pena de congelación. En este ambiente lúgubre y silencioso, apenas interrumpido por el grito de los cóndores en las alturas, y sobre un camino serpenteante, escarpado y abrupto, circundado por abismos cuya profundidad causa vértigo, transitó el ejército hasta llegar a la meseta alta del páramo, más transitable, pero que demanda su paso en una sola jornada, por cuanto la carencia de oxígeno y el frío intenso hacen que los humanos no soporten pasar la noche en él.

Cuando se encontraban las primeras tropas al pie del Pisba, en el llano de Miguel, al pie del páramo, ocurrió un incidente debido a los obstáculos y los padecimientos soportados por las tropas, y que comenzaron a socavar su moral; especialmente, la de los llaneros, cuyo valor frente al enemigo era temible, pero no ante una naturaleza del todo extraña y desconocida, que les causaba angustia, desaliento. Habían perdido sus cabalgaduras y estaban semidesnudos y ateridos por el frío para cuando la parte más elevada del páramo ni siquiera había sido superada y se erguía amenazadora ante sus ojos.

**También las mujeres del pueblo, amantes, acompañantes o esposas de los soldados de la libertad hicieron proezas con demostración de sacrificio, patriotismo y amor. Muchas de ellas descalzas, apenas vestidas con harapos y con sus hijos atados con el pañolón a su regazo, tuvieron la fuerza espiritual y física para mantenerse en la marcha y motivar a sus hombres.**

Al darse cuenta Bolívar de que la murmuración soterrada amenaza la continuidad de la campaña, reunió a los jefes divisionarios y al Estado Mayor para decidir su continuidad o dar marcha atrás. Fue entonces cuando el general Santander y el capellán de la vanguardia, Fray Ignacio Mariño, con palabras llenas de fe en la causa por la libertad de la Nueva Granada, instaron a la continuación de la marcha o a que se permitiera a la vanguardia cruzar el páramo y enfrentar al enemigo. Pero los oficiales venezolanos, tocados en su orgullo, renovaron su propósito de seguir adelante a costa de toda adversidad y sacrificio.

Superado este problema, Bolívar, con su elevado grado de confianza en sí mismo y con su fe en la libertad, transmitió a sus hombres espíritu de superación de sus aflicciones y sus penalidades señalándoles el horizonte de gloria que los esperaba. Condición que eleva su estatura de líder al nivel de los grandes capitanes de la historia, al lograr que sus soldados vencieran las fuerzas de la propia naturaleza o prefirieran la muerte antes que cejar en su empeño.

También las mujeres del pueblo, amantes, acompañantes o esposas de los soldados de la libertad hicieron proezas con demostración de sacrificio, patriotismo y amor. Muchas de ellas descalzas,

apenas vestidas con harapos y con sus hijos atados con el pañolón a su regazo, tuvieron la fuerza espiritual y física para mantenerse en la marcha y motivar a sus hombres.

El cruce del páramo de Pisba lo inició la mitad del Batallón Cazadores el 28 de junio; bajo las órdenes de su segundo, Joaquín París, cruzó su elevada meseta y llegó al sitio de Dos Quebradas, a este lado de la cordillera. Un día después lo pasó Arredondo con el resto de batallón. Este cuerpo no tuvo mayores inconvenientes, por ser sus hombres oriundos de la región andina, y porque, conscientes de lo que les esperaba, se prepararon mejor para el trayecto y lo soportaron con menos penurias que los llaneros días después; sin poder detenerse, sin abandonar el arma ni las municiones y sin el abrigo de la manta o la ruana, elementos indispensables para soportar el clima, tuvieron que recibir el azote del viento en sus rostro y sus manos y caminar con la mirada fija sobre el tortuoso sendero para no caer y quedar congelados. Una travesía en la que murieron cerca de 40 hombres, mientras otros sufrían fatigazos para evitar la hipotermia y la muerte. Las cabalgaduras, que no se habían perdido, pero sin poder resistir el frío ni el piso pedregoso de Los Andes, sucumbieron. Solo los caballos de algunos jefes y contadas mulas lograron atravesar el páramo.

La infantería de la vanguardia llegó el 2 de julio al pueblo de Socha, en la Provincia de Tunja, en medio de la sorpresa y el entusiasmo de sus habitantes. Su presencia caló en el sentimiento patriótico de la población, que, llena de fervor, se dio a la tarea de dar remedio a la precaria situación del ejército con desprendimiento, generosidad, acudiendo con comida, víveres, mantas, abrigos, ropas y cuanto podían dar en medio de su penuria o su comodidad. El cura y el alcalde de Socha lideraron esta actividad, cuando el domingo 4 de julio convocaron a los feligreses al templo, y pasada la misa les pidieron despojarse de sombreros, ruanas y camisas, para vestir y aliviar el frío de los soldados. Y los patriotas de las poblaciones de Socotá y Tasco asumieron la penosa tarea de viajar al páramo para ayudar a los desfallecidos, traer sus armas y sus municiones y aliviarles la sufrida marcha. 🐉

